

Claudio Abbado: el arte de la quironomía

Pablo Espinosa

Todo comenzó cuando escuchó el fluido sanguíneo, el tam tam del corazón y la polifonía completa del cuerpo humano, cuando estaba en el vientre de su madre. A esa sinfonía fantástica se sumó la armonía del teclado: ella fue maestra de piano y llenaba las habitaciones de alumnos. Siempre se sumaron más y más: su padre fue violinista y a su casa acudían sus amigos, con la sencilla alegría de hacer música juntos. Cuando nació, le resultó del todo familiar ese mundo de sonidos que había escuchado desde el vientre materno, entreverada tal algarabía sonora con el fluir de la vida interior de su madre.

La suya era *La Casa de la Música*, como habría de titular, muchos años después, su hijo Daniele Abbado un filme de animación, a partir del libro homónimo, donde Claudio cuenta su vida.

Claudio Abbado (1933-2014). Un músico que cambió el curso de la cultura. Un antes y un después. Su importancia tiene la medida de la historia, es decir que el reconocimiento irá creciendo junto al paso de los años. Hoy, sin embargo, se sabe ya que es uno de los gigantes de la historia.

Todo comenzó una mañana del primer año de la última década del siglo XX cuando llegó al podio titular de la Filarmónica de Berlín, para sustituir a Herbert von Karajan y se dirigió a los músicos de la siguiente manera:

Buenos días, para todos ustedes soy Claudio.

La frase cayó como balde de agua helada sobre los músicos, que no tardaron mucho en entibiarla: había nacido, con ese abracadabra, la nueva era: el tiempo de la democracia porque había muerto, con esas palabras inesperadas para esos señores acostumbrados a obedecer sin chistar, la era del

director de orquesta dictador, fúrico, veleidoso, tiránico, temible, figurón.

Dicen que existen seres con cuyos actos escriben la Historia. Abbado lo hizo borrándola:

Ensayo de la *Sexta Sinfonía* de Beethoven. En el pasaje La Tempestad, el timbalista le tunde tupido a los tambores, demasiado. Abbado lo deja hacer; cuando termina el episodio detiene la música y se dirige a él:

—¿En los últimos tres compases hay un *diminuendo*, no?

—Nein, aquí dice “siempre *fortissimo*” —replica el percusionista, blandiendo frente a su cara la *particella*.

Claudio sonrío. Resuelve:

—Bien, vamos a hacer dos compases *fortissimo* y el tercero *diminuendo*.

Pide una goma de borrar y deja la partitura tal y como Beethoven la escribió.

Ese episodio marca, documenta, el cambio de era: el sonido de la Filarmónica de Berlín cambió en ese momento.

Los 35 intensos, productivos, bellos, revolucionarios años en los que Herbert von Karajan esculpió su imagen hierática, dirigiendo con los ojos cerrados, inventó los conciertos grabados en video, construyó una leyenda, fueron borrados en un instante: Karajan, adepto a la espectacularidad, el truco, la ganancia, alteró el original de Beethoven y en la partitura puso “siempre *fortissimo*, nunca *diminuendo*” para lograr un sonido más salvaje, más impactante, más explosivo.

Pero eso no es lo que quería Beethoven, argumentó Abbado. Los músicos, dijo, estamos al servicio de la música. No debemos tomar ventaja de nuestras posiciones ni sacar provecho de lo que no es nuestro. La música es de todos —esgrimio— y juntos asumimos la misma responsabilidad.

Orquesta y directores —decía Claudio— han añadido adornos, cambios, pareceres distintos a los del compositor en el transcurso de los años. Es menester regresar al manuscrito original y a las intenciones que plasmó el autor en vida. Respetar las ideas del compositor nos lleva a encontrar cada vez cosas nuevas, más profundas, en las sinfonías que creíamos conocer muy bien: la relación de los *tempi*, más rápido o más despacio, *il tempo giusto*.

Karajan logró la inmortalidad con versiones discográficas maravillosas. Vivió más horas dentro de los estudios de grabación que en las salas de concierto. Luego de fungir como gozne entre la era de los directores dictadores, pues él cultivó, pese a las críticas, una bonhomía que lo acercó a sus músicos, construyó una segunda vida legando toneladas de música grabada en discos compactos.

Con Claudio Abbado, mientras tanto, la democracia había iniciado. Desde entonces los integrantes de la orquesta toman las decisiones de la mano de Claudio, no del “Maestro”, como acostumbraban antes. “Yo también me equivoco. Todos nos equivocamos. Lo más estúpido —argumentaba Claudio— sería decir: lo sé todo, instálame en lo que digo aunque sepa que no tengo razón, porque soy la autoridad. Me perdería de las buenas ideas de los demás. En la vida, lo más importante es escuchar: escuchar a los otros, escuchar con los otros, escucharnos entre nosotros, escuchar música”.

Escuchar con los otros. Así lo aprendió desde antes de nacer. En La Casa de la Música siempre había personas, risas, música. El estudio de Michelangelo, su padre, fue su fascinación: entraba a hurtadillas cuando su padre hacía música con sus amigos y también cuando su padre escuchaba música.



Claudio Abbado



ca en un tocadiscos. Claudio, muy niño, imaginaba y calculaba la cantidad de músicos que podrían caber en ese artefacto, el tocadiscos, de donde salía la música que ellos hacían allí dentro.

Con una sonrisa regresaba a su dormitorio y en sueños veía cómo salían los músicos desde el tocadiscos. Magia. Es magia, decía.

Todo comenzó el 26 de junio de 1933, cuando nació.

Y todo comenzó cuando tenía siete años de edad y sus padres lo llevaron al primer concierto de su vida, que resultaría definitivo. “Desde los balcones de arriba veía salir a los músicos a escena, de la misma forma como los miraba en sueños, cuando salían del gramófono”.

Antonio Guarnieri (1880-1952) a la batuta. En el programa: *Nubes, Fiestas y Sirenas*, de otro Claudio: Debussy. En el instante en que sonaban las *Fêtes*, la parte central, recuerda Claudio, “pude ver muy claramente cómo la música cobraba vida, como por arte de magia. En ese momento decidí ser director de orquesta. Cuando regresé a mi casa, escribí en mi diario: algún día yo también voy a hacer esa magia”.

La magia: Claudio está sobre el podio, la cámara de la memoria del cerebro nos lo muestra, porque así es la mente, en distintos momentos de su vida con una mano derecha que termina en la batuta y la mejor mano izquierda de la historia de la dirección de orquesta.

Al revisar el documental *The Art of Conducting*, constatamos que el uso de la mano izquierda es otra recuperación cul-

tural que debemos a Claudio Abbado. Los directores anteriores a Wilhelm Furtwängler (1886-1954) utilizaban la mano izquierda de maneras asombrosas: cobras, coralillos, boas, cisnes, saetas, abalorios y siempre esas figuras fulgurantes producían sonidos semejantes a los movimientos que les dieron vida.

Eso es parte de la magia, dice Claudio: “cada movimiento que hacemos los directores, cada gesto, cada sonrisa, ceja arqueada, ojos abiertos o cerrados, brazos girando o lanzados como dagas, cada vez que la batuta hace un giro diferente, eso produce un sonido distinto, nuevo. Eso es la magia”, confirma Claudio.

La magia: Claudio hace un mudra con la mano izquierda. Sus dedos largos se extienden aún más. Sus dedos izquierdos ahora hacen una suerte de mandala que sube, baja, avanza, retrocede. Danza. Parece zurdo de tan vehemente su lenguaje izquierdo. En realidad es ambidiestro. Dos veces diestro. Dos brazos izquierdos, dos derechos. Cuadriescio, pero no cuadrado sino rómbico, elíptico, poliédrico, fascinantes sus movimientos como los de los cristallitos de colores que observamos dentro de un caleidoscopio. Claudio Caleidoscopio Abbado.

Quironomía: el arte de utilizar las manos para indicar los contornos generales de la melodía, esa suerte de mnemotecnia melódica a través de la cual también se sugiere el ritmo, desde la historia antigua hasta el siglo xv, cuando se decidió dirigir la polifonía indicando los tiempos fuertes con un gesto hacia abajo y los tiempos débiles

con uno hacia arriba y después con un bastón (que Lully golpeaba desagradablemente contra el piso, como ruidoso y áspero metrónomo) y luego con un cucurucho de papel, como lo hacía Beethoven.

Claudio dirigió toda su vida de memoria. Mediante el corazón, de acuerdo con el término en inglés: *by heart*. Durante los ensayos, utilizaba versiones de las partituras en forma de libros, que hojeaba con una rapidez asombrosa, de manera muy particular: tomaba las esquinas inferiores derechas de las páginas con los dedos índice y pulgar, de atrás para adelante en el orden del libro.

Ubicaba de inmediato la página en cuestión, emitía las correcciones pertinentes con la delicadeza de caballero que le caracterizaba y continuaba con el ensayo. Sus interrupciones eran pocas, sus indicaciones precisas. Cada pausa una sonrisa.

Sonrisas: Claudio sonreía sobre el podio y hacía sonreír a sus músicos. En los momentos graves, solemnes, su gesto era hierático. En los climas, un volcán su faz, cruzado por huracanes y el grito mudo que salía de su boca era el golpe del timbal, el estallido de los platillos, el ronroneo del gong y el delicado tintineo del triángulo. Todo eso al mismo tiempo.

El primero que logró la hazaña, corrió el riesgo y cometió la audacia de dirigir de memoria fue Richard Wagner. Más adelante, Hans von Bülow construyó su leyenda con esa audacia consumada.

Dirigieren, Taktschlag en alemán; *Direction*, en francés; *Conducting*, en inglés; *Direzione, Concertazione*, en italiano.

Claudio políglota: en el documental *El silencio que sigue a la música*, del cineasta Paul Smaczy, se desarrolla el siguiente diálogo, al término de una cena con el actor suizo-austríaco Maximilian Schell (8 de diciembre de 1930-1 de febrero de 2014):

— Ser director da una sensación de poder —reta Maximilian.

—Si uno piensa lo que es hoy el poder —revira Claudio luego de negar con la cabeza mientras el actor hizo su primer enunciado—, yo diría que no tiene nada que ver con la música.

—El poder es un concepto abstracto —afina Schell—. El poder significa simplemente dominar a los demás. Por ejemplo, a Mefistófeles le gusta domar a los demás. Una mujer puede ejercer poder sobre un hombre o viceversa. Esto no tiene que ver con las relaciones de poder en la política —hace por su causa el actor, mientras sonríe con malicia, su sonrisa flotante entre nubes de humo de su habano.

—Yo asocio siempre el poder con la dictadura —resume Claudio.

—¿Y qué hay del poder de la música sobre la gente? —lanza Max, cediendo sus dos torres por un alfil de Claudio.

—Ah, eso es otra cosa.

—¿Cómo le llamarías? —sonríe Max.

—Amor, respeto, comunicación, tolerancia. Para mucha gente, la música es una de las cosas más importantes de la vida. Es parte de la vida. Y en ese caso nada tiene que ver con el poder.

Fin de la partida.

La familia Abbado ha sido muy querida, toda. Sus seguidores inclusive tomaron el nombre común de “los Abbadiani”, como un club de fans, en reconocimiento a la bonhomía, coherencia, amabilidad de esa familia, contraria a Mussolini, al fascismo, a la injusticia, al antisemitismo. La madre de Claudio apoyó a los partisanos antifascistas en Italia y ayudó a judíos a escapar hacia Suiza. Fue encarcelada por adoptar a un niño judío.

Cuando Claudio tenía 12 años, hizo una pinta afuera de su casa: “¡Viva Bartók!”. No tardaron en llegar los agentes de la Gestapo: tocaron a la puerta de la casa de los Abbado: “venimos a arrestar a ese partisano Bartók”.

De adulto, diría que su única posición política era ser antifascista.

La familia Abbado: Marcello, hermano mayor de Claudio, dio clases en el Conservatorio Giuseppe Verdi, del que después fue director. Roberto, hijo de Claudio, se convirtió en director asociado a la St. Paul Chamber Orchestra, en Minnesota. Daniele, hijo de Claudio con su primera esposa, Giovanna Cavazzoni, es director de escena de ópera. Misha Mullor-Abbado, su hijo con la violinista rusa Viktoria Mullova, es bajista de jazz en Londres.

En el documental *La magia dei suoni*, su amigo el arquitecto Renzo Piano sopesa: “tenía el equilibrio exacto entre lucidez y locura” y celebra “su extraordinaria capacidad de concentración”.

La magia del sonido: Claudio está frente a una orquesta monumental y un coro enorme y solistas. *Réquiem* de Verdi: su mirada abarca a todos y cada uno de los músicos. Cada sonido está en el dominio de su concentración. Levanta el dedo índice y suena una explosión de música. Lleva el dedo índice a los labios y el silencio es absoluto.

La quironomía, el arte de hacer sonido con las manos de Claudio Abbado ostenta una clave evidente: la manera como dibuja círculos en el aire tiene un eje: su dedo cordial izquierdo, a la manera de las bailarinas de ballet clásico, al igual que dibuja un balón imaginario entre las palmas de sus manos.

Sin Claudio, dijo en ese mismo filme su amigo el compositor Luciano Berio, “la música en Italia sería muy pobre, sería retórica, cosa vana”.

El amplio documental *L'altra voce della musica*, filmado por Helmut Failoni y Francesco Marini, narra los viajes que realizó Claudio Abbado por Venezuela durante dos años y su visita a Cuba, donde el entonces ministro de Cultura, Abel Prieto, lo condecoró.

El trabajo social de Claudio Abbado se caracterizó por su elegancia: para el concierto en La Habana, Claudio se percató de que no tenía los instrumentos suficientes, entre ellos el arpa. Solamente se ve en pantalla a Claudio agradeciendo “la gran generosidad de la Filarmónica de Berlín en enviar los instrumentos”, sin mencio-

nar lo obvio: él pidió ayuda a su antigua querida orquesta.

En Venezuela, Claudio dirigió en muchas ocasiones a la Orquesta de la Juventud Bolivariana. Entre otras obras, dejó versiones majestuosas de la *Quinta* de Mahler y la *Novena* de Beethoven. También perfeccionó la formación como director de orquesta del joven Gustavo Dudamel. En Venezuela fue curado, mediante medicina alternativa, del cáncer que le diagnosticaron en 1989, cuando tuvo que abandonar la titularidad de la Filarmónica de Berlín.

Sobrevivió 14 años al cáncer de estómago.

No dejó de hacer lo que más le gustó: hacer música, crear la magia del sonido: *zu Spiele*.

Nunca perdió el dominio de su cuerpo generando magia. El cáncer lo consumía pero él no se doblegó, hasta que supo que ya era el momento y clausuró su última orquesta: la Orquesta Mozart, la última que hizo con jóvenes.

Su amigo Simon Rattle, su sucesor en la Filarmónica de Berlín, confió lo que le dijo Claudio: “Simon, mi enfermedad fue terrible, pero los resultados no han sido tan malos: siento que de alguna manera escucho desde el interior de mi cuerpo, como si la pérdida de mi estómago me hubiera dado oídos internos. No tengo palabras para expresar qué maravilloso se siente eso. Y estoy agradecido con la música, que me salvó la vida tantos años”.

Amaba trabajar con jóvenes, decía, “porque ellos aún no están arruinados por la rutina. Con ellos puedes hacer cosas locas, arriesgar nuevos rumbos, caminar. Les dices: hagamos esto y responden de inmediato: va, y se avientan al agua”.

Claudio sonrió sobre el podio hasta el último compás. La magia de sus movimientos culminaba siempre como la de un atleta, como Lionel Messi culmina una gambeta harto complicada y el último latigazo es un movimiento apenas perceptible que hace cimbrar el organismo entero. Magia.

Claudio Abbado trascendió a los 80 años el lunes 20 de enero de 2014.

Cerró el círculo: lo último que escuchó fue lo primero: el fluido sanguíneo, el tam tam del corazón y la polifonía completa del cuerpo humano. **U**